

FRANCISCO L. URQUIZO (1891-1969)

Al igual que otros hombres de pluma que la posteridad ha ensalzado, Garcilaso de la Vega o Miguel de Cervantes Saavedra, Francisco L. Urquizo manejó las armas y las letras con igual constancia y entrega. Desde el estallido de la Revolución hasta su consumación en los gobiernos emanados del movimiento, siempre estuvo en la primera línea de los acontecimientos políticos y militares que le correspondió vivir, los cuales supo trasladar al terreno de las letras. Desde muy joven se incorporó a las filas del maderismo, y sus experiencias como joven militar aparecen en la novela *La Ciudadela quedó atrás*, vívida narración de los sucesos vividos por su paisano, el presidente Francisco I. Madero, desde sus entrevistas en el Castillo de Chapultepec hasta los acontecimientos de la denominada por la Historia: Decena Trágica.

Aliado al Ejército Constitucionalista, fue uno de los oficiales que acompañó a Venustiano Carranza hasta su viaje final en Tlaxcalantongo. A la muerte del Primer Jefe, se trasladó a Europa. Fruto de sus viajes durante varios años fueron los libros *Europa central en 1922*, *Cosas de la Argentina* y *Madrid de los años veinte*. A su regreso a México desempeñó diversos cargos administrativos y durante el gobierno de Manuel Ávila Camacho fue designado secretario de la Defensa Nacional.

Su obra literaria más conocida es indudablemente *Tropa vieja* (1937), en la que hace la relación de los sucesos revolucionarios desde la perspectiva de un soldado del ejército federal. La obra narra el desarro-

llo de Espiridión Sifuentes, un hombre del pueblo que a causa de una riña es obligado a entrar al ejército mediante el recurso de la leva. La novela termina con la defensa que el soldado hace del Palacio Nacional ante el golpe de Estado pretendido por Bernardo Reyes y Félix Díaz.

Su cercano conocimiento de Carranza lo llevó a escribir *México-Tlaxcalantongo. Mayo de 1920* (1932), *Don Venustiano Carranza, el hombre, el político, el caudillo* (1954) y *Siete años con Carranza* (1959).

En 1994 sus restos mortales fueron trasladados a la Rotonda de los Hombres Ilustres.

“EL CONGRESO CONSTITUYENTE”¹

Con lo del Congreso Constituyente se animó Querétaro. Salió de la modorra en que estaba sumida la triste ciudad desde hacía años —qué digo años, siglos—, desde la Colonia. Parecía que había llegado la feria como llega cada año a Aguascalientes, allá por el día de San Marcos y dura una semana. Aquí a Querétaro había llegado la Feria de la Revolución y duraría por lo menos dos meses. Llegaba San Venustiano Carranza como llega Santa Claus con sus juguetes, pero éste traía hartos bilimbiques, doscientos diputados constituyentes, tres mil soldados y un enjambre de políticos, empleados del gobierno, comerciantes y gentes sin oficio ni beneficio.

Nunca estuvo Querétaro tan alegre como entonces. Había circo, el “Modelo-Beas”; sus grandes carpas airoas estaban adornadas con banderolas y foquillos eléctricos de colores como se engalanan los grandes acorazados en los días de fiestas patrias. Había peleas de gallos, corridas de toros; músicas en las calles, puestos de vendimias; piscapochas llegadas de Mazatlán, del mismo Guadalajara y de la cercana capital, luciendo sus mejores ropas y sus más finas medias caladas. Había dinero, alegría, buen humor y ganas de divertirse; las sombras de Maximiliano y sus gentes se alejaban aunque sólo fuera por durante el tiempo que durara la elaboración de la nueva carta de México.

¹ Francisco L. Urquiza, *Fui soldado de levita de esos de caballería*, México, FCE (Letras Mexicanas, 84), 1967, pp. 173-178.

La Academia de Estado Mayor, la primera escuela militar de la Revolución estaba allí con sus trescientos alumnos brillantemente uniformados con quepíes franceses, sus levitas grises y sus pantalones con dobles franjas rojas. Era el nuevo Colegio Militar y las miradas y las sonrisas de las jóvenes casaderas eran para ellos. También había allí —para que no faltara nada— millar y medio de ex villistas, era la gente del general Pánfilo Natera que acababa de rendirse al gobierno del señor Carranza. Estos zacatecanos no dejaban de dar guerra y perturbaban aquella alegría reinante. Se acordaban de sus recién pasados tiempos al lado de Villa y echaban bravatas y a veces hasta tiros. No dejaban de constituir una intranquilidad y así un buen día, obedeciendo órdenes y planes de la superioridad, les caímos por sorpresa en sus propios cuarteles y los desarmamos en un dos por tres, sin disparar un tiro. Se les mandó a todos para sus casas y quedamos en paz.

Aquel viaje a Querétaro trae a mi mente el recuerdo del ya desaparecido “general” Rosalío Alcocer.

Era nativo de Doctor Arroyo, pueblo neolonés embutido dentro del territorio del Estado de San Luis Potosí, cerca de Matehuala; aquel alejamiento de Monterrey hacía considerarse a él más identificado con los potosinos que con sus paisanos. Hizo su carrera revolucionaria en las fuerzas de los generales Jesús Dávila Sánchez y Ernesto Santos Coy.

Por una orden superior fue a dar a la División Supremos Poderes como Comandante de la Brigada de Caballería, ostentando ya el grado de general brigadier. No le tenía cariño a la carrera militar; pocas veces se le veía uniformado y las tropas que habían puesto a su mando carecían de adecuada organización.

Era alto, flaco y desgarbado; de escasa cabellera, lacia y larga; moreno y pálido; de ojos un tanto oblicuos que siempre veían mansamente; bigote ralo y caído y piocha afilada. Su voz un tanto atiplada y desgarbo innato, inspiraban confianza.

Logró hacer dinero; tuvo habilidad para encontrar jugosas vetas en la administración de sus cuerpos; forrajes, equipos, plazas. En su casa particular situada en una de las calles cercanas a la Penitenciaría, guardaba hasta tres pianos flamantes y adornaba su sala con cuatro ajuares elegantes mezclados arbitrariamente unos con otros; sillas de Viena con sillones Luis XV; muebles coloniales con butacas americanas.

Mariquita, su esposa, andaba bien alhajada y, según él, “toda vestida de pura seda”.

Estaban de moda los automóviles Hudson y desde luego se compró él uno de los más costosos; en él solía acompañarlo su jefe de Estado Mayor: coronel Manuel H. Reyes, gozoso por pasear en tan flamante vehículo. Aquellos paseos de Reyes acompañando a su general constituían la envidia de sus compañeros que tarde a tarde lo veían salir, en son de conquista, por el centro de la ciudad o por el umbrío Bosque de Chapultepec.

Un buen día, Reyes dejó de acompañar a su general; de ahí en adelante se rehusó a hacerlo, poniendo pretextos fútiles, pero seguros, para evitar aquellos paseos, al parecer deliciosos. Razones poderosas tenía para hacerlo.

—Mi general, decía, es muy buena persona. Yo no puedo quejarme de él en lo más mínimo, pero es muy cochino. Imagínese que nunca usa pañuelo, se limpia los dedos en los asientos del coche.

Un día fue y le dijo a don Venustiano Carranza, con aquel su modillo lento de hablar:

—Oiga usted, señor, ¿qué, este Gobierno que usted representa, no podría ayudar a las viudas de los que murieron en los combates?

Don Venustiano se cogió la barba, le vio por encima de sus anteojos y esperó que acabara de hablar.

—Hay muchas viudas en Doctor Arroyo de los que anduvieron militando conmigo y me siento comprometido a ayudar a esa pobre gente.

Don Venustiano le volvió a ver; encontró sincero aquello y ordenó que le dieran a Rosalío una buena cantidad de dinero para aquel objeto.

Después resultó que... no había viudas y... salido el dinero.

Fue de los leales a Carranza y le acompañó hasta Tlaxcalantongo. Allí se dispersó, como todos, y fue a dar, dos días después, “desbalagado”, al pueblo de Xico, en donde yacía el cadáver del que fuera Primer Jefe, tendido en la Escuela Municipal del lugar.

Cuando llegó Rosalío, estábamos comiendo los que habíamos llegado antes, en la casa habitación de don Juan Esquitín: gentil persona del pueblo que atendió admirablemente a cuantos quedábamos de aquella infausta jornada. Presidía la mesa una de las señoras de la casa;

había algunas señoritas, el general Murguía, Montes, Barragán, Marciano González, Pilar Sánchez; éramos quince o veinte.

Reinaba un silencio solemne; nos embargaba a todos una pena profunda y sincera.

Dentro de aquel escenario austero e imponente, hizo su entrada Rosalío Alcocer. Iba con la ropa hecha jirones; en camisa; remangados los pantalones hasta las rodillas y mostrando unas pantorrillas negras, flacas, velludas y chorreantes de sangre coagulada. En sus manos traía un recio báculo. Parecía un peregrino.

A la entrada del pueblo le habían obsequiado dos o tres tragos de aguardiente y por consecuencia de ello, “estaba jalado”.

Llegó gritando:

—¡Ah!, qué traición tan jija de la...

Juan Barragán, alarmado, le interrumpió desde luego.

—Cállate, no seas bruto. ¿No estás viendo que hay señoras?

—Eso no importa nada. Si es gente decente, me dispensará... ¡Ah, que traición tan jija...!

—¡Que te calles!

—¡Ese hombre que mataron valía más que toda la percha...!

—¡Cállate!

—Ya dije que si son gente decente me tienen que dispensar.

—¡Ay!... ¡qué hombre hemos perdido! Valía él más que todos ustedes.

—Ya lo sabemos; siéntate.

—Vengo herido.

Hubo un movimiento general en la mesa: Está herido, hay que curarlo. Otro herido más. ¿Dónde te pegaron? ¿Cómo fue? Cuenta.

—Vengo herido por las espinas de los árboles que había en la cañada por donde me desbarranqué.

Por poco lo apaleamos.

Cuando más tarde, el general Francisco Murguía fue rebelde al gobierno del general Obregón, Rosalío Alcocer se fue a los Estados Unidos a reunirse al movimiento. Cuentan que se enfermó, que le faltaron recursos para curarse y que con autorización de sus compañeros de aventura se amnistió y regresó a la Patria.

A la mañana siguiente de la primera noche que pasó en tierra mexicana, apareció muerto en la habitación en que empezó su último sueño.

Un pañuelo rojo “paliacate”, atado fuertemente a su delgado cuello, le cortó la existencia.

¿Asesinato? ¿Suicidio? ¿Quién puede saberlo?

